Airah

Nieves Álvarez Díaz

Airah

Nieves Álvarez Díaz

avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
© Nieves Álvarez Díaz, 2024

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN:978-84-10236-23-3
IBIC: YBF
DEPÓSITO LEGAL: M-11058-2024

Haría era una bruja diferente. No era ni guapa ni fea, era una sombra. Era más grande o pequeña según se acercara o se alejara de la luz, más nítida o borrosa. Podía hacerse invisible incluso con la luz del sol o de la luna.

Vivía en San Borondón una isla pequeña en el océano Atlántico al oeste del archipiélago canario, entre las islas de El Hierro y La Palma, que aparecía y desaparecía con la bruma.

La isla estaba escudada por dos patosos cuervos blancos cuyos nombres eran Fermina y Claudio. De todos los seres que vivían en la isla eran los más complejos pues expresaban todo lo contrario a lo que sentían. Tenían cierto aire severo, dado que las plumas de su cuello guardaban cierto parecido a los pelos de una barba. Su color

blanco junto a su fuerte pico negro los hacía únicos en el mundo.

En el patio estaba el enorme árbol Garoé o árbol de la lluvia horizontal, del cual manaba siempre agua dulce. Este tilo al ser tan grande absorbía toda el agua de la lluvia y la humedad del mar de nubes. De este árbol cuentan que producía una sed insaciable, ya que su agua era increíblemente fresca. Cuanta más agua bebías más sed tenías.

Muy cerca de él existía otro árbol del cual Haría estaba especialmente orgullosa y era la Sabina despeinada. La llamaban así porque los vientos alisios la habían desgreñado dejando su gran cabellera en el suelo, dándole el aspecto de estar como retorcida pareciendo de más edad de la que realmente tenía. El árbol no temía hacer el ridículo, por ello, Haría la adoraba.

Al lado de los árboles y a la sombra estaba la fuente de los enigmas cuyas aguas, con cascabeles y su voz dulce, contaban secretos a los que se bañaban en ella.

La isla poseía una montaña tricolor amarilla, roja y marrón que, en realidad, era un pequeño y antiguo volcán que la bruja ponía en erupción soplando sobre su cráter; así lo encendía y lo apagaba. Para la bruja era muy divertido ya que el volcán sólo tosía y era totalmente inofensivo. A sus pies había una gran playa con un mar azul y blanco de arena rubia dorada. Era la playa de La Cocina.

Existía un pequeño puente, el puente Pica-Pica, que había que cruzar para llegar a la morada de la bruja y si no obtenías el permiso para cruzarlo estornudaba y te expulsaba a un arroyo de agua salada que rodeaba la casa. Este arroyo estaba habitado por una gran tortuga boba, Eloísa, que había perdido una aleta delantera y otra trasera al enredarse en un sedal de pesca. Pese a todo, no era más lenta que otras tortugas y se había adaptado a su minusvalía. Haría había querido devolverla a su hábitat natural una vez que había sanado, pero la tortuga se negaba a irse, motivo por el cual permanecía en la isla.

La casa estaba hecha de caramelo amargo, para que nadie tuviera la tentación de comérsela, y se derretía con el sol. Por ello, había que construirla cada cierto tiempo pintándola cada vez de diferente color.

En el salón de la casa existía un gran espejo que era el orgullo de la bruja, ya que sólo decía la verdad coloreando los objetos de azul cuando se acercaban a él. Haría poseía una réplica exacta, pero de tamaño bolso.

Completaban las pertenencias de la bruja su libro de pócimas y hechizos, el cual actualizaba y renovaba cada cinco años. Una escoba de cinco velocidades y una varita.

Era por la mañana temprano y Haría se acababa de despertar. Se asomó a la ventana y oyó la voz chillona de Fermina que decía:

—¡Llega correo, llega correo!(*Agell oerroc agell oerroc*).

Se asomó a la ventana y vio una tórtola que traía una carta.

—¡Buenos días! —saludó Haría.*(Soneub said)*.

¡Hola! —dijo la tórtol*a.(Aloh)*.

Haría fue a su encuentro y recogió la carta.

—Adiós —dijo la tórtola y se marchó .*(Soida)*.

¡Que tengas un gran día! —dijo Haría .(Euq sagnet un narg aid).

Haría miró el remitente sin comprender. Era de la ortopedia donde había comprado las prótesis para las aletas de Eloísa. Ya tendría tiempo de abrir la carta.

Haría se bañó en la fuente de los secretos. Reía. Cuando terminó el agua reía también. Era muy divertido. «Seguro que la carta trae buenas noticias», pensó Haría. Desayunó tortitas de caramelo y zumo de nenúfares.

Entonces abrió la carta. En ella se le comunicaba que al comprar las prótesis para Eloísa había participado en un sorteo que tenía como premio un crucero por los fiordos noruegos y

era la ganadora. Le daban la enhorabuena. ¡Casi ni lo recordaba! Tenía los boletos de participación en alguna parte.

—¡*Yummy!*—dijo Haría en voz alta. No se lo podía creer.

El crucero saldría dentro de una semana desde el puerto de Los Mármoles en Lanzarote. Tendría una duración de ocho días visitando las principales ciudades de Noruega y los fiordos del sur. Adjuntaban el programa. El viaje era en régimen de pensión completa con un paquete de bebidas *Tender* y con seguro de viaje incluido. Tendría un camarote con balcón exterior. Las ciudades más importantes a visitar eran: Oslo, la región de Voss, Bergen, Stavanger. Los fiordos a visitar eran los de la región del sur: Lyse, Bjorna, Bokna, Sognefjord y Aurland.

¡Guau! Siempre le había gustado la mitología nórdica. No lo pensó. ¡Hacía tanto tiempo que no viajaba! Iría, pero tendría que hablar con los guardianes de la isla.

Haría empezó a hacer el equipaje. No quería que se le olvidase nada. Puso dos trajes de gala para la cena de bienvenida y despedida, un chubasquero, un paraguas, una camisa de manga corta y otra de manga larga; zapatos cómodos y unas cholas; gafas de sol, crema solar y una gorra; un bañador, un pijama, una bata y accesorios. Por supuesto, también se llevó la documentación —incluido el ticket del premio—el dinero en metálico y las tarjetas de crédito. Todo ello le ocupaba sólo una maleta, sin olvidar su libro de pócimas y hechizos la varita y la escoba.

Haría comenzó primero hablando con Eloísa, al fin y al cabo, gracias a ella había entrado en el sorteo.

Haría se sentó en el puente con la mitad de su sombra hacia dentro. Enseguida, Eloísa asomó la cabeza.

—Hola, Eloísa ¿cómo estás?(*Aloh Asiole omoc satse).*

—Bien. Contenta con mis prótesis.*(Neib atnetnoc noc* sim *sisetorp*).